

# UNIVERSIDAD, LITERATURA Y REVOLUCIÓN

## ¿Acaso es demasiado tarde?\*

Álvaro Acevedo Tarazona  
Profesor Universidad Tecnológica de Pereira\*\*

### Resumen:

En el devenir intelectual y académico colombiano la pregunta por la relación universidad sociedad ha promovido múltiples respuestas. Se intentará establecer las tesis fundamentales sobre esta pregunta y las implicaciones en la cultura intelectual y literaria, a propósito de Mayo del 68 y la mística rebelde con la cual una generación abrazó la utopía y la revolución para construir una sociedad más justa e igualitaria. Las tensiones entre esta utopía y la cultura política colombiana, en un marco comparativo mundial, son también el objeto de esta reflexión.

**Palabras claves:** universidad, literatura, revolución, Mayo del 68, protesta, conflicto.

### Abstract

In the colombian intellectual and academic happening the question by the relation university society has promoted multiple answers. It will try to establish fundamental theses on this question and the implications in the intellectual and literary culture, with regard to May of the 68 and the rebellious mystic with who a generation embraced the utophy and the revolution to construct one more a righter and egalitarian society. The tensions between this utophy and the colombian political culture, in world-wide a comparative frame, are also the object of this reflection.

**Key words:** university, literality, revolution, May of 68, protest, conflict.

Si estamos en el momento más fuerte de la autonomización de la economía de mercado, este proceso irreversible significa que los estados nacionales y el conjunto de sus instituciones están cambiando. Para Alain Touraine este cambio se revela en tres aspectos significativos: uno, el paso de las grandes ciudades a las regiones urbanizadas y, por ende, a la pérdida del concepto de ciudadanía y lo que esto implica en términos de organización y calidad de vida; dos, el fin de la escuela socializante o formadora de valores universales; tres, una creciente población mundial que ya no es ni siquiera marginal sino

---

\* Artículo de investigación científica tipo 4: corto de difusión. Según clasificación de Colciencias. Hace parte del proyecto de investigación: Discurso, Memoria y Universidad. Grupo de Historia de la Universidad Colombiana. Categoría A en Colciencias.

\*\* Profesor Universidad Tecnológica de Pereira. Doctor en Historia. Coordinador del Doctorado en Ciencias de la Educación. Área Pensamiento Educativo y Comunicación Rudecolombia-UTP.  
[alvaroac@emp.net.co](mailto:alvaroac@emp.net.co)

completamente excluida (*out*) de la globalización (Touraine: 2005: 10-13). Contrario a lo que se piensa, esta situación es el efecto de una desglobalización, que, en términos de Alain Touraine, significa la separación del capital financiero del denominado proceso integrador de la economía; en segundo lugar, el reconocimiento de derechos culturales de pueblos y civilizaciones más allá del marco de los derechos humanos; y en tercer lugar, la ausencia de una educación con base en vínculos intersubjetivos –y no sólo en niveles técnicos– para adquirir una conciencia de sentido sobre la sociedad y el planeta que habitamos (13-19).

Ante tal panorama se esperaría que movimientos sociales, organizaciones, estudiantes estuvieran volcados en las calles protestando por lo inevitable. No hay nada que despierte un mayor espíritu de cuerpo que cuando se protesta por una causa justa, así sea perdida. ¿Acaso es demasiado tarde? ¿Acaso la lucha por la autonomía y por una sociedad más justa e igualitaria ya no es más que un canto de sirenas?

Las protestas de los jóvenes parisinos en Francia este año contra la política laboral no son de orden universal, pero son una esperanza. Los estudiantes en Francia a los que pronto se unieron los hijos de los inmigrantes de las *banlieus* para protestar contra la “flexpotación” o ley de flexibilidad del mercado laboral, en un país con el 10% de la población activa desempleada, es la muestra palpable del temor que tienen las sociedades ricas ante las dos únicas opciones que ofrece el capitalismo: los incluidos con puestos seguros y bien pagos y los excluidos de tales beneficios (Astier: 2006: 12-13). Es cierto que las protestas de esta generación distaron de las de sus predecesores que marcharon en el 68, pues mientras los primeros agitaron el Código (rojo) del trabajo, los segundos agitaron el Libro Rojo de Mao. Tampoco es menos cierto que la generación actual salió a las calles a protestar por la seguridad y no por la libertad, por la inclusión y no por la injusticia social planetaria, por el *statu quo* y no por el cambio. Pero de todas maneras salió a protestar.

En el caso de la educación, el siglo XX se ha despedido con estudiantes chilenos demandando presupuesto, las universidades públicas brasileñas, argentinas y colombianas también protestando por presupuesto, la UNAM con una huelga que paralizó labores y la toma de las instalaciones por parte de los estudiantes. En general, la región ha visto cómo las agendas educativas promueven el abandono de las responsabilidades estatales (Torres: 2001: 24-26). Una enorme contradicción si se tiene en cuenta que los estados liberales han considerado la educación con una premisa fundamental del desarrollo.

La equidad y calidad educativa sigue siendo un problema sin resolver en América Latina. Mientras los sectores menos favorecidos estudian en la universidad pública, los estratos medios y altos lo hacen en las universidades privadas. El analfabetismo y la educación preescolar continúan siendo problemas sin resolver, lo mismo ocurre con la educación preescolar, bilingüe y para adultos, igual con el analfabetismo cibernético y el diseño de estructuras curriculares de formación científica y humana acordes con el avance de las tecnologías, pero también con los grandes desequilibrios políticos y ambientales planetarios.

No se puede desconocer que en el siglo XX los estados de América Latina y el mundo en general invirtieron importantes cantidades de dinero en la educación superior y que se mejoró la condición de muchos sectores de la población, especialmente a partir de las políticas de los estados desarrollistas de los años cuarenta hasta los años ochenta cuando las tasas de los crecimientos educativos disminuyeron (27-29). En los últimos años, las políticas neoliberales han incidido en la educación superior tratando de vincular la educación tecnológica con los sectores productivos y creando estándares de excelencia académica internacionales. Esta política opera en la esfera de la inserción técnica a la economía mundo, pero no se pregunta por la convivencia y la reflexividad en un mundo con problemas en el deterioro del medio ambiente y conflictos culturales. Esto significa pensar en universidades conectadas al contexto social y a la investigación, pero en América Latina la universidad pública cada vez pierde este espacio como sinónimo de malas.

Corresponde a la sociedad civil, movimientos sociales y partidos políticos oponerse a esta política educativa neoliberal globalizada. La apuesta por una educación que construya un pensamiento social comprometido implica preguntarse cuál ha sido el alcance de conceptos básicos como ciudadanía y democracia. O qué se está haciendo por comprender los fenómenos de las identidades políticas en términos de las nuevas luchas sociales.

La universidad ha sido una matriz histórica en la cultura occidental. Ella tiene un sitio de primer orden al lado de la ciudad y del Estado moderno. Preguntarse por su génesis y sus luchas es indagar sobre su presente y su futuro. En 1968 los estudiantes salieron a las calles a defender la autonomía universitaria. ¿Pero acaso esta era la primera vez que los estudiantes protestaban por una defensa tan sentida y vital en el devenir universitario?

### **La protesta estudiantil, tan vieja como la universidad**

Sorprende encontrar que desde el nacimiento de la universidad, los estudiantes protestaron. En el siglo XIII el sello del nacimiento de la universidad en París fue la autonomía. Una creación original de maestros y estudiantes. La universitas del siglo XIII no designaba un edificio, era una entidad moral en la que maestros y estudiantes expresaban una fuerza colectiva, un espíritu de cuerpo que le daba identidad al carácter de su asociación, como los burgueses ya lo habían hecho. Régine Pernoud (1985: 39-47) construye esta retrospectiva de la autonomía para señalarnos que las protestas de Mayo del 68, cifradas en la autonomía y la inmunidad universitaria, habían sido una conquista en los años de 1208-1209 cuando el papa Inocencio III les permitió a los profesores y estudiantes de la villa de París, los de Petit-Pont y los de la montaña de Santa Genoveva para que se reunieran, formaran una asociación y eligieran ocho miembros que debían elaborar un reglamento al que se comprometían a someterse. Apareció así una organización nueva en el medioevo (la *Universitas magistrorum, et scoliarum parisienses*<sup>1</sup>) al margen de la tutela del obispo como del canciller.

---

<sup>1</sup> Universidad de los Maestros y de los Escolares.

La autonomía fue el carácter esencial de la universidad de París (1215). Escuelas ya existentes como Oxford o Montpellier la tomaron como modelo, también aquellas por nacer como Tolosa del Langeudoc, Cambridge, Salamanca, Angers, entre otras. A partir de entonces se constituyó en la madre de las siete artes, o lo que se conocía como el “trivium” (gramática –lengua literatura–, la retórica y la dialéctica) y el “quadrivium” (la aritmética, la música, la geometría y la astronomía). Paralelo a estas instituciones nacieron los colegios, que en un comienzo no fueron otra cosa que pensiones para escolares pero que con el paso del tiempo se convirtieron en centros docentes (El Colegio de la Sorbona fundado en 1257).

Los maestros gozaron de ciertos privilegios como estar exentos de impuestos y de todos los tipos de servidumbre (no prestaban servicios de ronda ni eran enrolados en las milicias comunales). Estas exenciones, otorgadas por la Iglesia, se constituyeron en el más alto privilegio de inmunidad universitaria.

El método de la disputatio o de la contestación (leer o enseñar un autor sobre el cual se daba una explicación gramatical, un sentido y una sentencia o interpretación profunda) que a diario se realizaba en las actividades académicas, las diferenciaciones sociales y el privilegio clerical del que gozaban los estudiantes –al que se agregó el judicial por orden de Felipe Augusto– crearon reyertas entre los estudiantes y entre éstos y los habitantes de las ciudades donde se encontraban estos centros. En 1229 estalló en París una huelga de maestros y estudiantes de dos años al lesionarse dichos privilegios por el mal comportamiento de los estudiantes. La huelga terminó a favor de maestros y estudiantes más por las consecuencias económicas en que sumergió a París que por un espíritu conciliador. Otras protestas se presentarían durante los siglos XIII y XV hasta que la universidad de París decayó en lo académico y finalmente Carlos VII suprimió el derecho de jurisdicción de los universitarios, aunque éstos conservaron la autonomía administrativa y la inmunidad financiera.

Cuando en 1806 Napoleón creó la universidad estatal, la universidad medieval de París tan sólo mantenía el recuerdo de la tradición de la inmunidad. La universidad napoleónica no correspondía ni con la esencia ni con los principios de su antecesora. Otros modelos universitarios como el alemán, el inglés y tardíamente el norteamericano adquirieron su propia identidad y sello de formación.

### **¿Acaso es demasiado tarde?**

Si la agitación universitaria es tan vieja como la misma institución, y ella es mejor que la inercia o que la voluntad de la nada (nihilismo), o que la destrucción de las estructuras sociales, sin promover sustituirlas por ningún estado definitivo, ¿por qué pareciera que nos encontramos en un estado de perenne abulia?

En *El Extranjero* de Camus se asiste a dicho estado. ¿Qué se puede esperar de Meursault al que no le nace llorar en el entierro de su madre, o que se casaría porque se lo han propuesto, que mataría porque el contendor lo ha retado a realizarlo o que va a la cárcel como va todos los días al trabajo o a su dormitorio? El final del Extranjero es para ponerle los pelos de punta cualquiera. ¿Al final qué?, es la pregunta que se hace Camus. ¿Será que tan sólo queda que la gente disfrute la ejecución de un ser a quien incluso la muerte le es indiferente?

¿No sería mejor vivir en un estado de permanente locura o asistir a la conciente tragedia de nuestra propia existencia a que transcurra un soplo en el tiempo sin que ocurra nada? Meursault estaba condenados a ello hasta que pasó algo importante en su vacía existencia, al menos en el momento de la muerte pudo asistir a la ironía de su propia ejecución.

*El inquilino* de Javier Cercas (2002) es la historia de Mario Rota, un profesor universitario de fonología en el medio oeste americano, que se ve reducido al ostracismo de su monótona existencia cuando llega el señor Berkowickz a coparle los espacios académicos y oportunidades en su cómoda y aburrida carrera universitaria. Poco a poco el señor Berkowicks va desplazando a Mario Rota de su sitio de oficina, de sus clases, de su círculo de amigos. El señor Berkowicks –El inquilino– no es otra persona que el mismo Mario Rota, una invención de su alter ego. En su desplazamiento, Mario es llevado a compartir el despacho con dos colegas –Olalde y Hyun–, ubicado al fondo del pasillo entre otras oficinas ocupadas por estudiantes graduados. Su nueva condición de desplazado, en un despacho con el aire acondicionado dañado, no más grande que el anterior pero que tendrá que compartir con otras dos personas, es la constatación del ostracismo al que ha sido reducido. Olalde es un español corpulento, desgarrado, con dientes desiguales, en mal estado, con un cráneo semipelado y soltero. Un ser mínimo que se sabe y se reconoce en su condición y que alienta a Mario a compartir su nuevo estado, que no es tan malo –cómplice le insinúa Olalde– pues así funcionan las cosas.

El derrotismo de Olalde y el posible camino que le espera a Mario Rota es el decurso de una vida académica gris, resignada, casi inexistente. Contrasta sin duda con aquel Mayo del 68 y una generación que con su mística inconforme y rebelde protestó contra el estado de injusticias, desigualdades y el confort académico. En *El fin de la locura* Jorge Volpi (2003) recrea esta tensión entre la cómoda vida de los intelectuales y la rebeldía absoluta de quienes no están dispuestos a transigir o entrar en la movilidad profesional. Aníbal Quevedo en su periplo de caballero andante se sumerge en una serie de aventuras por la farsa del mundo intelectual para desvelar con ironía el destino de la izquierda y el derrumbe de la utopía revolucionaria. “Si algo aprendimos en esta era de dictadores y profetas, de carniceros y mesías, es que la verdad no existe: fue aniquilada en medio de promesas y palabras” (2003: 3). Hasta el propio Quevedo terminó “vendido al sistema”, un destino que le reclama Claire, su gran amor, en una carta que le deja antes de abandonarlo para siempre, porque hombres y mujeres como ella están dispuestos a atacar, a negociar, a permanecer en un estado de locura, pero jamás a resistir, a resignarse.

Juan Diego Mejía en su novela *El dedo índice de Mao* nos recuerda que entre aquellos “algunos fueron despedidos con honores porque dejaban las comodidades de la vida pequeño burguesa y se iban a vivir como campesinos durante los próximos veinte años” (Mejía: 2003: 105). No eran unos cuantos quienes deliraban sino el mundo, también nos recordarán otros para señalar que esta fue la primera experiencia global de una revolución nunca antes vista en el campo de la cultura. La sexualidad se desató y con ella nuevos roles y consumos. También se hablaba de la política, de la teoría de la guerra y del compromiso revolucionario (Acevedo: 2004: 161-176). Tanto en la novela de Jorge Volpi como en la de Juan Diego Mejía los personajes se debaten entre la lucha –en cuerpo y alma– por la construcción de una nueva sociedad y el arribismo individual que termina por incorporar a los débiles de corazón al sistema. Así describe Juan Diego Mejía a los primeros:

... el Mono avanzaba en su narración que empezó a parecerme repetida, llena de tipos valientes con ganas de suicidarse para ganarse el derecho a bautizar un auditorio de la universidad con sus nombres, sólo piensan en la Bota Militar, el Imperialismo Yanqui, el Rector Policía, el Gobierno Títere y nada de la vida real, son personas sin familia, ninguno tiene un caso de Erre Eme, de Ele a Eme en su casa, con razón a Claudia todos le parecen iguales. Seguí oyéndole su cuento de héroes de piedras y consignas, y pensé que para él ésa era la realidad, por eso después de un rato largo silencio le dije, Tu gente es dura de verdad, Mono... (Mejía: 92).

Hay también en las dos novelas una mirada crítica a los intelectuales del confort y su oficio de bufones del sistema. Jorge Volpi no escatima escenas para ironizar su comportamiento:

*En el París de los setenta, los artistas plásticos forman una tribu; en mayor medida que los revolucionarios o mis camaradas maoístas, cada vez más transigentes, ellos sí actualizan la utopía: subvierten todas las reglas, se permiten explotar a los explotadores y vivir al margen de una sociedad que los mantiene –pagando exorbitantes precios por sus burlas– y a la cual sin embargo no paran de denostar. Como los antiguos bárbaros, su labor consiste en hostigar las cómodas fronteras del capitalismo” (Volpi: 263).*

Pero más allá de toda crítica, 1968 fue el año que conmocionó al mundo. En esto coinciden los especialistas en el tema. La revolución cultural traspasó las fronteras europeas y los jóvenes del mundo se rebelaron. Es posible que se hayan rebelado por cuestiones bien dispares, pero tenían en común el deseo de rebelarse, aclara Mark Kurlansky (Kulansky: 2004: 17).

Los movimientos se hicieron contra el totalitarismo, carecieron de líderes permanentes y no tuvieron unidad ideológica, pero los jóvenes del mundo salieron a las calles a protestar por los derechos civiles, la autoridad, la guerra y el imperialismo. Ideologías ortodoxas alimentaron la inocencia de los jóvenes inquietos, pero también demostraron que no nunca era demasiado tarde para protestar.

Aun en los países de la férrea cortina de hierro hubo una continua agitación estudiantil. A veces demasiado seria. Esa es la temática de una de las novelas más célebre de Milan Kundera, *La Broma* (1998). El naufragio de la vida de Ludvik,

el protagonista, empieza cuando envía en una postal una broma a su novia. “¡El optimismo es el opio del pueblo! El espíritu sano hiede a idiotez. ¡Viva Trotsky!” (Kundera: 1998: 41), le escribió Ludvik a su amada Marketa y a partir de entonces la tragedia de su vida estuvo asociada al absurdo de una broma.

Para R. H. Moreno Durán, tal vez el que mejor entendió este comportamiento de lo absurdo fue Albert Camus. En *El extranjero* y *El mito de Sísifo*, publicados los dos en el año de 1942, el autor definió el absurdo “como el impulso del hombre hacia lo eterno, y el carácter *finito* de su existencia” (2003: 12). ¿Qué pensaría hoy Camus de las guerrillas colombianas?, se pregunta Moreno-Durán. Con seguridad se reafirmaría en esta definición del absurdo, pues siempre sostuvo que aquellos jóvenes rebeldes al jugarse la vida por la tiranía, lejos de Dios, asumieron su condición, pero, al mismo tiempo y de forma paradójica, al buscar su libertad en el reino de la opresión debieron enfrentarse al asesinato colectivo en el que terminan todas las revoluciones. Como era de esperarse, refiere Moreno Durán (13), por estas afirmaciones de Camus, la ruptura entre éste y Sastre se precipitó. “El porvenir –había escrito Camus– es la única trascendencia de los hombres sin Dios”, y en 1968 desde París “las masas estudiantiles proclamaron no sólo el adiós a las ideologías sino también a la felicidad de una religión sin Dios y sin Estado” (13). Solo la verdad es revolucionaria, gritaron en las calles y aulas universitarias, y esta consigna como otras (“lo personal es político”, “Nuestra esperanza sólo puede venir de los que no tienen esperanzas”, “Estudia, organízate y lucha”, “Ni amor, ni Dios. Dios soy yo”), le dieron sentido al gran drama de la juventud en el siglo XX, acotará más adelante Moreno Durán: “el absurdo de vivir entre una rebelión sin Dios y una revolución que asesinó a sus hijos a nombre de la Historia” (13). Una generación que actuaba como si estuviera autorizada mediante un contrato a definir el pasado de los hombres y el futuro de su destino.

Poco antes de 1968 en América Latina habían muerto el Che Guevara y Camilo Torres. Para entonces nadie sospechaba del inminente descalabro del socialismo real de la Unión Soviética. ¿Qué piensan los hombres de aquella generación y cómo ven a la de hoy? Todavía es muy temprano para lanzar un juicio.

En *La Broma* de Kundera, su protagonista –Ludvik–, a pesar de su trágica existencia, no mira con odio a quienes arruinaron su vida, porque “el odio produce una luz demasiado fuerte, en la que se pierde la plasticidad de los objetos”. Quienes lo acusaron no eran más que jóvenes que actuaban (99). Más adelante, agrega: “La juventud es terrible: es un escenario por el cual calzados con altos coturnos y vistiendo los más diversos disfraces, los niños andan y pronuncian palabras aprendidas, que comprenden sólo a medias, pero a las que se entregan con fanatismo. Y la historia es terrible porque con frecuencia se convierte en un escenario para inmaduros; un escenario para el jovencito Nerón, un escenario para masas fanatizadas de niños, cuyas pasiones copiadas y cuyos papeles primitivos se convierten de repente en una realidad catastróficamente real” (99).

Pero esta juventud es la que igual es capaz hasta de luchar por causas perdidas. Y eso es ya importante en un escenario global que “empaqueta” a los seres humanos en trincheras políticas y económicas abismales.

## ¿Y la universidad qué?

Le corresponde a la universidad y al sistema educativo en general formar escuelas de gobierno y hacer de la democracia no sólo un ejercicio de virtudes cívicas. ¿Pero cómo formar en la democracia si en la familia, la ciudad, el trabajo, la lógica es: aquí mando yo? ¿Cómo se construye en la vida cotidiana la noción de respeto, tolerancia si en América Latina la democracia no es una virtud? Llevar los problemas democráticos a las cuestiones formales de la escuela no es la solución. ¿Cómo construir un sistema democrático que no signifique solamente ir a las urnas cada cuatro años? ¿Cómo llevar a cabo reformas educativas incluyentes con sistemas de control interno que no signifiquen la democracia representativa de los Consejos Superiores ni la dictadura de los gremios profesoriales ni estudiantiles?

Una vieja historieta como la de Mafalda es contundente con las falencias del sistema educativo en general. Ella clama por una escuela moderna y a todo momento está impugnando el tradicional sistema escolar. La escuela pareciera una máquina escolar obsoleta de la cual no podemos rebelarnos. El modelo científico productivo escolar y universitario con base en una racionalidad instrumental no ha construido sociedad civil. Una doble moral se configura en esta incapacidad, porque de un lado propone incidir en el aparato productivo, pero del otro descuida la construcción de sociedad civil, de democracia. No hay una interacción dialógica. La relación universidad-sociedad no puede ser mecánica. Desde el año 1000 la universidad entró en el mundo del capital, de las relaciones, y desde entonces el conocimiento comenzó a convertirse en una mercancía más entre otros dispositivos cognoscitivos. Muy seguramente la universidad sobrevivirá al Estado-nación, como un relato que nos hace creer que hacemos parte de un mundo sistematizable, totalizante.

La universidad es productora de trabajo inmaterial, un trabajo que descansa sobre facultades cerebrales con la ayuda de los elementos informáticos. Esta preponderancia del trabajo intelectual e inmaterial de la universidad la convierte en el centro. Pero aún siguen siendo notorios los grandes problemas que enfrenta la universidad en cuanto a sus sistemas de gobernabilidad, sus prácticas lentas que no responde a la realidad que avanza. Si la masificación universitaria es una alternativa para hacer incluyente el acceso a la educación superior, preocupa la competitividad y la calidad, sobre todo en la necesidad de alcanzar estándares internacionales en desmedro de la autonomía.

La universidad no puede estar de espaldas a tres grandes problemas que hoy afectan al planeta tierra. La crisis social que ha creado un abismo entre ricos y pobres, la crisis del sistema de trabajo que cada día prescinde del trabajo humano y, por supuesto, la crisis ecológica que traerá una inmensa devastación de vidas.

## BIBLIOGRAFÍA

ACEVEDO Tarazona, Álvaro. “El movimiento estudiantil entre dos épocas”, en *Revista Historia de la Educación Colombiana*, Nos. 6-7, 2004.

ASTIER, Henri. “La revuelta francesa contra el cambio”, en *UN*, abril 9 de 2006.

CERCAS, Javier. *El inquilino*. Acantilado. Barcelona. 2002.

KURLANSKY, Mark. 1968. *El año que conmocionó al mundo*. Destino. Madrid. Destino. 2004.

KUNDERA, Milan. *La Broma*. 2ª edición. Tusquets. Barcelona. 1998.

MEJÍA, Juan Diego. *El dedo índice de Mao*. Norma. Bogotá. 2003.

MORENO DURÁN, R. H. “Los intelectuales, entre la rebelión y el terrorismo: Sastre vs. Camus, cincuenta años después”, en *UNPeriódico*, No. 49, agosto 17 de 2003.

PERNOUD, Régine. “La universidad medieval y la contestación”, en *Consigna*, Vol. 9, No. 275. 1985.

TORRES, Carlos Alberto. Grandezas y miserias de la educación latinoamericana del siglo XX, en *Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*. Buenos Aires, CLACSO, 2001. Texto completo disponible en el sitio: [www.clacso.org](http://www.clacso.org).

TOURAINÉ, Alain. “El papel social del Estado en el mundo de la globalización”, en *Nova et Vetera*, Bo. 55, 2005.

VOLPI, Jorge. *El fin de la locura*. Seix Barral. Barcelona. 2003.

Fecha de recepción: 22/12/2007

Aprobado para publicación: 20/01/2007